

Debido Proceso

NOVELA

Jaime Alejandro Rodríguez

1999

INDICE

<i>Primera parte:LA INDAGATORIA</i>	3
1.	4
2.	13
3.	23
4.	34
5.	44
6.	52
7.	58
<i>Segunda parte:EL JUICIO</i>	64
<i>Tercera Parte:LA CONDENA</i>	154
EL ABOGADO	155
LA PINTORA	162
EL PROFESOR	169

Primera parte:

LA INDAGATORIA

1.

Tenía que haber una salida. Varias veces en los últimos días, con la recóndita intención de escucharse a sí mismo, Pavony se lo había repetido a su asistente. Necesitaba exteriorizar sus propias dudas; desesperadamente trataba de alcanzar pequeñas certezas, antes de enfrentarse a lo que definiría el destino de las cosas: el inicio próximo del juicio. Y aunque Pavony no se hacía ninguna esperanza con la ayuda que pudiera ofrecerle el joven y brillante abogado que le habían asignado para que lo acompañara durante el proceso, se lo seguía repitiendo cada vez con mayor insistencia: entre más se metía en el asunto, más claro se le hacía que sí había una salida.

Pero la verdad era que, por más que repasaba los antecedentes y circunstancias del caso, no conseguía encontrar nada que pudiera ser utilizado para mitigar la tendencia —ya casi unánime— de creer que se debía condenar a muerte a este hombre, Santiago Mendoza, por su participación en el atroz crimen. Y, sin embargo, estaba seguro de que había algo que no ajustaba, algo que debía escudriñar con más tesón. Sentía, además, que hallar esa luz que andaba buscando podría ofrecerle el sosiego que necesitaba con tanta urgencia. Tal vez fuera posible convertir

esta defensa en una nueva oportunidad para conjurar esa odiosa impresión de haber equivocado el camino de su vida. Quizás pudiera sustituir la imagen del misántropo que todos veían ahora en él por una más conveniente a su misión.

Hacía apenas unas semanas que había visto la fotografía de Raúl, un antiguo compañero de colegio, publicada en el periódico. La nota anunciaba que un destacado profesor universitario había asesinado horrendamente a su familia (la mujer y dos niños aún pequeños) y luego se había suicidado. Sintió entonces un terrible malestar: el mismo estremecimiento cuyos signos (ese ahogo intempestivo, seguido de una especie de latigazo en el interior del estómago) curiosamente había experimentado con idéntica intensidad unos meses antes, cuando se enteró de que a Carlos, otro amigo de la época, lo habían matado desconocidos en un bar de mala muerte. Pero lo más extraño es que había vuelto a sufrir ese mismo fastidio al encontrarse, apenas unos días antes, por pura casualidad, a otro viejo amigo suyo, Guillermo, en los pasillos del Parlamento, rodeado por una nube de agentes de la fiscalía y un anillo más externo de fotógrafos y reporteros que deseaban entrevistarle y obtener así algunas palabras de quien, en unos pocos meses, había pasado de ser el Ministro más promisorio del equipo de gobierno a un asqueroso ejemplo de corrupción administrativa.

—Lo que son las espirales del destino —le soltó Pavony a su asistente, mientras señalaba con el cursor algunos detalles en la pantalla—, se supone que siete compañeros de la secundaria: estos tres que te cuento, y otros cuatro: Enrique, Jaime, Oscar y yo, tendríamos que habernos reunido hace diez años en la Plaza Mayor de Madrid o en los Campos Elíseos en París, como resultado de un pacto de honor que suscribimos, con sangre y todo, la misma noche en que celebramos nuestro grado de bachilleres; de eso, chico, hace ya veinte años.

—¿Y qué clase de pacto era ese, doctor Pavony? —preguntó el joven asistente, sinceramente impresionado por lo que acababa de contarle el abogado.

—Bueno, más que un pacto, era una especie de desafío a nuestro espíritu aventurero. Recuerdo que también barajamos en su momento otras dos posibilidades que al fin desecharnos, más por soberbia que por otra cosa: el Zócalo, en Ciudad de México, y la Plaza San Martín, en Buenos Aires; lugares imaginados gracias a lecturas literarias, que, como medicina bendita, aliviaban nuestra candorosa amargura de adolescentes. Eramos unos ingenuos...

—Y supongo que nadie cumplió la cita... —afirmó con timidez el asistente, todavía intrigado.

—Nadie, chico, nadie. Y lo peor: no nos volvimos a comunicar entre nosotros, como avergonzados por lo que resultaba ser la prueba de nuestra rendición. De Jaime apenas si me he enterado que alguna vez ganó un premio literario, pero no lo volví a ver,

ni supe más de su carrera de escritor. A Enrique lo perdí de vista casi desde el comienzo. Sé que Oscar es músico y vive en Belgrado... Aquél pacto de honor, hijo, se desvaneció sin saber cómo o por qué...

Esto último lo dijo ya sin fuerza. Pavony estaba seguro de que la decepción de los otros, si no mayor, al menos sería igual que la que él mismo había sentido al reencontrárselos. Podía por eso imaginar lo que dirían (o dejarían de decir) si pudieran observarlo aquí, sentado frente al computador, con la cabeza medio calva y esa vergonzosa barriga que luchaba por no salirse de su camisa; si pudieran saber cuán lleno de obligaciones y deudas estaba ahora. Pero, a lo mejor —si a uno le hubiera alcanzado la fe, al otro la vida y al último la paz— esos tres viejos amigos habrían sido los únicos seres aptos en este mundo para comprender por qué él había aceptado, casi sin pensarlo, la defensa del terrorista que acababa de ser declarado culpable de participar en el asesinato de una veintena de personas, al hacer explotar una bomba de alto poder en un edificio público.

Y si la rara obstinación de hallar una salida se le había presentado al comienzo —cuando le ofrecieron el caso, cuando la reacción inicial había sido la condena inmediata del hecho, cuando todo el mundo pedía la muerte del terrorista, aún en ese clima tan tenso que hizo que otros abogados rechazaran el

proceso—, ahora que acababa de visitar al hombre, se le confirmaba. Como si la entrevista con Mendoza hubiera abierto algún conducto interno desde el cual surgía una especie de fulgor que le confirmaba la intuición que había tenido desde el principio, incluso desde el momento mismo en que se enteró por los noticieros de la ejecución de un nuevo atentado, esta vez en pleno centro administrativo de la ciudad. Pero no lograba expresar en forma objetiva aquélla primera impresión que le indicaba que en este caso había algo distinto, algo que no encajaba en el modelo de los otros atentados.

Aunque tenía muy claro que debía tratar de alejar de su mente y de sus sentimientos cualquier afinidad con el acusado que enturbiara su visión imparcial de los hechos, no podía dejar de sentir que algo los conectaba. Acaso, ¿no existía un íntimo paralelo entre el camino que condujo a su amigo Carlos a vincularse con maleantes peligrosos y el que había seguido Santiago Mendoza? ¿No debían ser similares las oscuras motivaciones que tuvo Raúl para cometer su horrible asesinato y las del terrorista? ¿No era la penosa decadencia de Guillermo una manifestación más de los mismos signos que llevaron a Mendoza a la desesperación? Pero más inquietante aún: en esencia, ¿no era la sensación de derrota que él ahora sufría, la misma que había arrastrado a los otros al abismo?

En el filo; así se sentía, en el límite, como tantas veces en su vida. Seguro que este muchachito, medio yupy, medio nerd, que tenía al lado, entregándole no sé que información, no podía imaginarse las penurias que él debió sufrir cuando era aún niño, allá en su pueblo de provincia. Este muchachito sólo ha conocido las comodidades, no los sufrimientos. Tal vez ni siquiera se pregunta de dónde viene el agua de las llaves. Cómo se ve que su mundo es el de los aviones y las computadoras, el de la televisión; si hasta en su modo de vestir no hace más que imitar los modelos del éxito que fabrican las propagandas; y anda tan seguro de sí como si estuviera convencido de habitar el mejor de los mundos posibles. En cambio, él jamás se ha sentido cómodo en el que le tocó vivir, como si habitara más bien un universo turbulento, cuyos flujos se empeñaran en zarandearlo de un lado para el otro. Si algo tiene de memoria de su niñez (porque lo demás se ha borrado casi por completo) es la imagen de unos padres asustadizos y conformistas, unos seres que a duras penas podían imaginarse otro mundo posible, aunque no porque creyeran perfecto el suyo, sino porque se habían resignado muy pronto a vivirlo sin discusiones. Antes, cuando se cansó de la mediocridad de sus parientes y de sus coterráneos, había imaginado que en la ciudad encontraría un lugar más adecuado a sus ambiciones, pero se dio cuenta muy pronto de que ese mundo no podía ser el suyo, de que debía luchar aquí también por cambiarlo. Después, cuando al fin pudo ganar un sitio, se dio

cuenta con dolor de que estaba condenado a una especie de conformismo obligado (tal vez natural o congénito si lo pensaba bien): no era tan fácil desprenderse del miedo como había creído. Él ya no se asustaba con la ciudad o con el sistema, es cierto (como sus padres, pobres viejos, que aún hoy viven debajo de la cobijas temiendo lo peor), pero había terminado por convertirse en un ser tan corriente como ellos. ¿Tenía, en consecuencia, alguna autoridad moral para resentirse con el terrorista? ¿En nombre de qué orden, de qué mundo, podía él exigir el arrepentimiento de Mendoza? Acaso, ¿no era ese conformismo claudicante una señal clara de su incapacidad para calificar a alguien? Mientras él había vivido en el límite, a la espera de una oportunidad, medroso como una gallina, Mendoza (como Carlos y Raúl y hasta el propio Guillermo), queriéndolo o no, se había atrevido a transgredir la línea, se había puesto del otro lado, y desde allí lo podía mirar ahora con desprecio. La diferencia estaba en esa frontera que Mendoza había atravesado y que él, en cambio, temía. Si, ahora se daba cuenta de que había vivido en el límite, y que lo había hecho no por osadía sino como una condena.

Y esa conciencia era la causa de este malestar que lo mantenía huraño e inseguro. A muy mala hora, porque el juicio, según le confirmaba ahora su asistente, debía iniciarse en un poco más de un mes y él no contaba todavía con una visión clara de los

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

